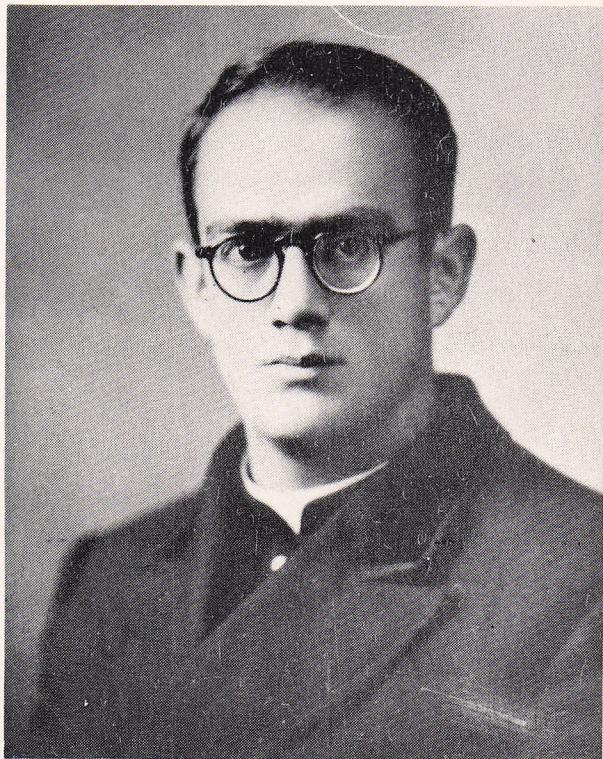


INSPECTORIA SALESIANA "SAN PEDRO CLAVER"
BOGOTA - COLOMBIA



**Padre JOSE EDUARDO
MARTINEZ SALAMANCA
SALESIANO DE DON BOSCO**

1920

-

1982

“Que murió el Negro Martínez” fue la noticia triste que corrió de boca en boca por millares de exalumnos, que no acertaban a creer que ese Salesiano que llenaba todo un colegio con su actividad, que le cantaba la música en sus venas, que tenía la fuerza de un hombre superdotado, que lo alcanzaba la aurora sobre el trabajo y que no lo cansaba el trajín de 10 personas, se había doblado al paso de la muerte que luchó sin tregua para llevárselo. Fue en el Hospital de Santomé, Estado Anzoátegui-Venezuela, el 16 de Febrero de 1.982.

José Eduardo había pasado sus años de niño en Tunja, aunque había nacido en Bogotá el 24 de Septiembre de 1.920. Fue, con sus seis hermanos la alegría del hogar formado por Don Faustino Martínez y Doña Teresa Salamanca. Le salía la vida por los poros, inquieto, juguetón y deportista, daba más importancia al balón que a los libros y por eso perdió un año escolar en el Colegio Salesiano. “Mi papá me llamó, cuenta él, y me dijo: como no quieras estudiar, vete a cuidar ovejas; durante un año estuve curtiéndome con el frío y la escarcha de los páramos de Tunja pastoreando. Entonces mi papá me volvió a llamar y me preguntó: ahora sí quieras estudiar o seguir cuidando borregos?. No olvidé la lección. Pero no quise estudiar en otro Colegio distinto del Salesiano”.

En esa escuela forjó Eduardo esa voluntad de acero que admiramos a través de su vida.

Terminada la primaria en el Colegio Salesiano Maldonado de Tunja, pasó al Aspirantado de Mosquera para seguir sus estudios y hacerse Salesiano. Años después, terminado el noviciado, se entregó a la gran aventura Salesiana con la primera profesión el 18 de Enero de 1.940. Continuó por tres años los estudios de Filosofía en Mosquera y ayudaba como asistente y enseñante de los aspirantes.

Los que entonces éramos niños lo veíamos como un líder. Era nuestro ideal. Siempre alegre, exigente, arriesgado, no se cansaba con nada, deportista, sabía de todo, con cualidades musicales más que excepcionales, tocaba cualquier instrumento, copiaba al oído las melodías y enseguida sacaba partituras para banda y orquesta. Pintaba telones, en-

sayaba teatro. Tenía gran facilidad para las actividades técnicas. Era un rey que llenaba toda una institución.

Realizó el tirocinio práctico en la sección técnica del León Xlll. Era el hombre amado y admirado y, a veces, temido pero nunca odiado, porque el “ Negro ”, -así lo llamábamos familiarmente-, en ocasiones, era duro y exigente pero sus alumnos sabían que los quería con el alma y que era sólo para formarlos hombres de temple, capaces de afrontar la vida con coraje.

Realizó los estudios de Teología en Mosquera y el 24 de Septiembre de 1.949 fue ordenado Sacerdote por Monseñor Julio Caicedo Téllez, primer Obispo Salesiano de Colombia.

Comenzó su actividad como Sacerdote, primero, en la Casa de Cúcuta, luego en Bucaramanga, León Xlll, Centro Don Bosco, Mosquera. Se desempeñó como Prefecto de Disciplina y como Económico; no descansaba nunca. Era además el maestro de banda, de coros, de teatro, de todo. Amigo de todos, sincero, decía las cosas por su nombre, mantenía la alegría de los hermanos y en su presencia no permitía que se hablara mal de nadie y menos que se criticara de sus superiores. Cumplidor de sus deberes religiosos, amaba entrañablemente a la Auxiliadora de quien se convirtió en el propagador de su devoción doquiera iba y, últimamente, en el Oriente Venezolano, donde terminó sus días.

Como el tiempo lo acosaba, conducía el auto muy rápido y por ello sufrió varios accidentes automovilísticos. En uno de ellos quedó con varias costillas fracturadas, pero eso no fue inconveniente para viajar a una ciudad lejana con la banda y el conjunto a cumplir un compromiso, y permanecer varios días importándole más su presencia entre los jóvenes que su salud. En otra ocasión estalló por los aires el avión en que viajaba; él se encomendó a la Virgen y se encontró después del impacto amarrado al asiento en medio de la pista lejos del avión; sólo tres pasajeros se salvaron.

Todos solíamos decir que “tenía las siete vidas del gato”. No obstante su fortaleza, que era superior a los accidentes de la vida, lo atacó una implacable enfermedad: La diabetes. Sin embargo, él siguió trabajando

como si nada tuviera. No guardaba la dieta que le prescribieron porque muchas veces no le facilitaban la comida que él necesitaba. Y no quería hacer excepciones, no quería incomodar a nadie.

En 1.972 pidió permiso para hacer una experiencia diocesana en Venezuela. Comenzó así una nueva etapa de su vida, quizás la más espiritual. Lejos de su tierra y de los suyos, de sus colegios y de sus bandas, se da por entero al trabajo de pastor en once pueblos regados por todo el Estado Anzoátegui. Pobres todos ellos. Y más pobre su pastor; como los apóstoles, sin alforja, pero con un alma grande y todo su bagaje de Salesiano. Cada día debía recorrer muchos kilómetros para regar la semilla de la palabra de Dios. Comía de lo que le presentaban o lo que podía; cuando no había soportaba hambre y sed, disimulando todo con su habitual alegría.

Era un sacerdote de quien nadie podía decir nada; desprendido como el que daba sin medir. Durante su vida pasaron por sus manos grandes cantidades de dinero, pero pasaron jamás se quedaron. Se le criticó que era mal administrador porque él sostuvo siempre que el dinero era para hacer el bien que se pudiera. Fue siempre generoso con los empleados más pobres de los Colegios y con tantos muchachos y padres de familia.

La enfermedad seguía su marcha, pero el Padre Eduardo no pensaba sino en los demás, hasta que un día tuvo que rendirse; le amputaron la pierna derecha y aprendió a manejar la prótesis para seguir devorando kilómetros y llevar la alegría de la resurrección a sus destinatarios.

El Señor Obispo de Barcelona pensó en aliviarlo del trabajo de los once pueblos y lo encargó únicamente de la Parroquia de Santomé.

Santomé es un campo petrolero con una vida muy distinta. Enseguida pensó en la juventud y fundó la "Sociedad de la Alegría". Organizó una estudiantina con los pequeños y pronto los pudo presentar a dar conciertos. Santomé floreció a la vida de Dios y a la alegría. La Auxiliadora se convirtió en la señora de todos los hogares. Quién de los jóvenes no sabe ya la vida de Don Bosco y de Domingo Savio, proyec-

tadas en filminas y en estampas por el “Negro Martínez”? Hacía conferencias, cursillos, reuniones y enseñaba a cantar. Todo el pueblo cantaba. Las Eucaristías eran una fiesta. Hasta de los pueblos cercanos se venía la gente contagiados de alegría. La casa parroquial era la casa de todos, en especial, de los jóvenes.

Pero la enfermedad seguía avanzando. Le atacó los ojos; luego los riñones. Comenzó entonces el calvario de la diátesis semanal en el Hospital de Barcelona, distante unos 100 kilómetros de Santomé, pero él seguía trabajando y sólo se resignaba a hospitalizarse cuando no podía levantarse más. Comenzó la etapa más aleccionadora de su vida. En su lecho de enfermo, sin perder la alegría recibía a todos sus queridos feligreses y regalaba siempre una sonrisa y la frase de costumbre “estoy chévere”, aunque los dolores eran muy intensos. De cada uno se acordaba. Preguntaba por el enfermo, por el niño, por fulano, por sus hermanos salesianos. En una palabra, pensaba en los demás antes que en sí mismo. Hablaba de Dios con la unción de la muerte cercana, que él esperaba; se despidió de todo el que pudo y en un gran esfuerzo dictó notas de agradecimiento para las asociaciones, los médicos, enfermeras y muchas personas. Como pudo las firmó. Quería venir a morirse en Colombia porque no quería molestar a sus feligreses. Pero los médicos no le permitieron. Lloraba y hacía llorar cuando hablaba de su Comunidad Salesiana y testimoniaba siempre su pertenencia a ella. Y cuando entregó todo lo que tenía, entregó también su corazón. Era la tarde del 16 de Febrero, tenía 61 años, 42 de profesión y 32 de sacerdocio.

La noticia de su muerte sembró la tristeza en el Estado Anzoátegui. Sus funerales fueron una mezcla de música y de lágrimas. Era la apoteosis del pastor santo, del amigo bueno, del padre generoso. Rojos los ojos por el llanto, los 40 niños de la estudiantina y el conjunto musical “ Sociedad de la Alegría ”, le dieron la despedida interpretando lo que su maestro les había enseñado. El señor Obispo de Barcelona presidió la concelebración Eucarística con los sacerdotes de la diócesis y salesianos en Caracas y Puerto la Cruz. En hombros de sus feligreses fue llevado el Padre Eduardo al Cementerio del Tigrito. No quiso que llevaran flores ni coronas a su sepelio. Su corona fueron todos los santomesinos que lo lloraron con llanto de amigos y hermanos.

Se nos fué el Negro Martínez; guardemos su recuerdo aleccionador. Para muchos de nosotros fue un símbolo, para los que tuvimos la dicha de compartir sus últimos días nos queda grabada muy honda la imagen del sacerdote santo.

Querido Padre Eduardo, ante una vida y una muerte como las tuyas nos es más fácil entender lo que la Liturgia proclama: " La vida de tus fieles, Señor, no termina, se transforma ". Creemos que vives asociado a la Resurrección de nuestro Redentor.

Gracias por tu vida, entregada de una manera semejante a la de El, por tantos niños y jóvenes a quienes amaste con corazón de Padre. Gracias porque nos mostraste un destello del amor del Padre, que te llevó a su casa.

Ruega junto a El por nosotros, que te recordaremos siempre. Pídele que envíe a su Iglesia sacerdotes y religiosos que amen y se entreguen como tú a los demás.

P. ALVARO GUTIERREZ C.

Bogotá 16 de Febrero de 1.983. 1er aniversario de la muerte del P. Eduardo Martínez.

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

Sac. MARTINEZ SALAMANCA José Eduardo. Nació el 24 de Septiembre de 1920 en Bogotá, Colombia. Murió el 16 de Febrero de 1982 en Santomé (Anzoátegui) Venezuela, a los 61 años de edad 42 de profesión y 31 de Sacerdocio.
